

## **Necrología de Antonio Colino López**

(Luís Gutiérrez Jodra)

Todos los que tuvimos la satisfacción y el orgullo de compartir las tareas de la Academia con Antonio Colino, hemos de lamentar su muerte el pasado 7 de marzo de 2008, al cabo de casi 94 años de vida plena disfrutando de una capacidad mental y física envidiable. El Presidente me ha confiado el honor de hacer su panegírico, lo que hago con una mezcla de tristeza por su desaparición y del deber que representa para mí poder compartir y trabajar bajo su dirección durante bastantes años en la Junta de Energía Nuclear.

En ese largo tiempo pude comprobar sus grandes dotes personales, su laboriosidad, su voluntad de trabajar y hacer trabajar en todo tipo de tareas, pero sobre todo, su gran humanidad. Colino, en esencia, era un hombre bueno, en la definición de Antonio Machado y sobre todo un caballero.

Nacido en Madrid en 1914, desde muy joven sintió una gran afición por la Ciencia. En el Instituto de Cardenal Cisneros donde estudió el Bachillerato era "vox populi" que no sólo era un alumno extraordinario, sino que se dedicaría en el futuro, de alguna manera, a ampliar sus conocimientos en el campo de la Ciencia. Así lo asevera su compañero de estudios Julián Marías que, después del común Bachillerato inició con él los estudios en la Facultad de Ciencias, si bien mientras Colino seguía este camino, Marías, que los había compaginado con los de Filosofía y Letras marchaba en los que sería destacado cultivador de la Filosofía.

Hizo notar Marías que ya entonces Colino destacaba, además de por su insólita capacidad de trabajo y su rapidez de comprensión, por el interés y por el gusto con que resolvía los problemas de Matemáticas y de Física o abordaba los temas de todas las ramas de la Ciencia.

El espíritu de Colino y las circunstancias de nuestra Guerra Civil hicieron que Colino eligiera seguir la carrera de Ingeniero Industrial,

que concluyó en 1940 con el número uno de esta primera promoción de después de nuestra Guerra. Colino aprovechó la interrupción en los estudios oficiales para profundizar en sus conocimientos de Física, Matemáticas, y diversas ramas de la Ingeniería y, quizá lo que puede sorprender, de Economía. La escasez de profesionales provocada por el exilio y por las necesidades de la reconstrucción del país hizo preciso que los científicos e ingenieros y todos los profesionales de diferentes procedencias se utilizasen, más bien se multiplicasen, en actividades de muy diversos ámbitos. Así, Colino, muy ilusionado por la nueva electrónica, desarrolló como Ingeniero su trabajo en Marconi, S.A. y dictó cursos sobre Electrónica, Servomecanismos y Teoría de Campos en su Escuela de Ingenieros Industriales de Madrid. Redactó un gran número de memorias sobre muy variados temas de Matemáticas y Física, fruto de su avidez de conocimientos, de su capacidad de trabajo y de lo que consideraba su obligación de dar a conocer los últimos avances de la Ciencia y la Tecnología.

Estas ideas se acentuaron con motivo de la aparición de la energía nuclear, no ya en sus aplicaciones militares sino en las pacíficas, desde la producción de electricidad hasta la utilización de los radioisótopos. Un grupo de académicos de esta Casa, dirigidos por el general y académico Juan Vigón y formado por Esteban Terradas, José M.<sup>a</sup> Otero, Manuel Lora, Armando Durán y Antonio Colino comenzaron a planificar las futuras investigaciones y desarrollos, en este campo, comenzando por la prospección de uranio y extendiéndose después a la creación en la Ciudad Universitaria de la sede, laboratorios y restantes instalaciones de la Junta de Energía Nuclear (JEN). Antonio Colino participó en los estudios previos desde 1948 y formó parte del Consejo de la JEN cuando se creó en 1955. La carrera industrial de Colino fue notable, llegando a ser Director General de Marconi. Fue inevitable que cuando la JEN adquirió un gran desarrollo, el entonces presidente José M.<sup>a</sup> Otero, conecedor de la valía de Colino y de su experiencia, le hizo Vicepresidente Ejecutivo para que gestionase con mano experta aquella institución en creciente desarrollo científico e industrial.

En 1959 ingresó como Académico numerario en esta Academia. El tema de su discurso de ingreso fue *¿Qué es la materia?*, con el sugerente subtítulo de "Dudas y conjeturas de un físico", en el que expuso los fundamentos cuánticos de las partículas elementales y de la materia viva en relación con los mecanismos del pensamiento. La contestación a cargo de José Antonio Artigas, expuso extensamente los méritos de Colino.

Tanto antes como después de su ingreso en nuestra Academia su labor en la investigación y en la docencia fue extraordinaria. Desempeñó aquí la Cátedra Conde de Cartagena, fue vocal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fundador del Instituto Nacional de Electrónica y fue nombrado Presidente del Centro de Investigaciones Físicas "Leonardo Torres Quevedo" y aún dispuso de tiempo para escribir varios libros, como "Curso de Radio Electricidad" en 1944, "El receptor superheterodino" en 1945, "Funciones de Bessel" en 1946, "Teoría de los servomecanismos" en 1950, "Circuitos de microondas" en 1952 y "Teoría moderna de los campos electromagnéticos", pronunciar diversas conferencias y publicar artículos en diversas revistas, entre los que destacan "Transit time effects" y otros como "Notes on the excitation of electromagnetic waves in cylindrical metallic guides".

Han sido notorios los saberes de Antonio Colino, que desbordaban de sus principales aficiones físico-matemáticas. Valga como ejemplo su discurso inaugural del curso 1964-1965 de nuestra Academia; en él trató el tema de "El Universo" con singular maestría, haciendo asequible los últimos conocimientos cosmológicos, aunque pretendiendo con modestia su condición de aprendiz enamorado.

Nunca Colino se encerró, como dejó escrito Julián Marías, en un estrecho espacialismo. Ya en la Junta de Energía Nuclear apoyó los esfuerzos para absorber y convertir al español, españolizar, los nombres de la nueva tecnología nuclear, facilitando las tareas de los que tenían su mismo interés, lo que dio lugar a un "Vocabulario nuclear inglés-español" que ha dado origen a varios libros y publicaciones sobre estas materias. En nuestra Academia colaboró

asiduamente en la Comisión de Terminología científica aportando su experiencia en el mundo industrial, particularmente en electricidad y electrónica, y en el científico por su trabajo de dirección en la Junta de Energía Nuclear como en las numerosas instituciones que se honraron con su colaboración.

Todo este acervo, como señala acertadamente Marías, le condujeron a su incorporación como Académico numerario a la Real Academia de la Lengua, en la que siempre hubo científicos y personas de otras disciplinas distintas de los lexicógrafos, dramáticos y escritores que han demostrado su buen uso y conocimiento de la lengua. La entrada de Colino significaba el reconocimiento de sus méritos y aseguraba que el notable incremento, entonces y ahora, del vocabulario científico y técnico, que desgraciadamente surge fuera del ámbito del español, podía ser incorporado con precisión y rigor por un buen conocedor de los términos.

Su discurso de ingreso en la Real Academia Española, en 1972, versó sobre "Ciencia y Lenguaje". Con su habitual modestia, calificó como dolorosa humildad el honor de entrar en ella y la justificó, siempre en el mismo espíritu, por la necesaria existencia de peones para construir las catedrales. Colino definió sus discursos como un modesto ensayo de un físico-matemático sobre la naturaleza del lenguaje al que, tras describir las teorías existentes del lenguaje e ilustrarlas con ejemplos, pasó a tratar el lenguaje de la vida y las facetas de facultad y psicología que la incluyen, así como las relaciones del lenguaje con el conocimiento y la mente. La contestación corrió a cargo de Julián Marías que destacó los méritos extraordinarios de Colino, tanto profesionales y científicos como personales. De aquellos lo resume así: "No hay mejor juez de los méritos intelectuales que los compañeros de clase a quienes nunca se puede engañar". De los personales yo soy testigo en varias circunstancias críticas de la sinceridad, honradez y sentido del deber y de la responsabilidad que Colino tenía.

En ambas Academias aportó su buen sentido, hizo grandes amigos y dio ejemplo de laboriosidad, asistiendo a las múltiples reuniones

que celebran los académicos en sus comisiones o sesiones públicas. En la Academia Española, para la continuada puesta al día del Diccionario de la Lengua, él aportaba, desde la comisión del Vocabulario Científico-Técnico que presidía, todo lo que sabía y conocía de primera mano. Y además servía de comunicación de lo que la Comisión análoga, la de Terminología, en la Academia de Ciencias elaboraba para labor semejante con destino a su Vocabulario Científico y Técnico.

En la Academia de Ciencias, Colino, con sus consejos, contribuyó a las ediciones de otras publicaciones posteriores como fueron el "Diccionario Esencial de las Ciencias" y el "Diccionario de la Energía", del que fueron editores Ángel Martín Municio y Antonio Colino (hijo), Académico de la Academia de Ingeniería.

De otra forma también realizó en la Academia de la Lengua otra gran labor, aunque fuera sin ruido y sólo con su ejemplo y su entusiasmo por el trabajo. Se trata, en mi opinión, del ingreso en la Academia de la Lengua de otros científicos. Comenzó con Ángel Martín Municio, al cual contestó Colino en nombre de la Academia destacando la importancia creciente y futura de la Bioquímica y en general de la Biología y su importancia para la comprensión del fenómeno de la vida. Siguieron nuestros compañeros de Academia la bioquímica Margarita Salas y más recientemente el médico y bioquímico Pedro García Barreno y entre ambos el físico e historiador de la Ciencia José Manuel Sánchez Ron.

En su larga vida, medida en años de dedicado servicio a las Academias, 42 años en la de Ciencias, desde 1959 hasta 2001, en que pidió, bien en contra de la opinión de sus compañeros de la Sección de Física y Química, el pase a la condición de Supernumerario, y 36 años en la de la Lengua pudo ser actor principal de los avatares del mundo intelectual y testigo de los cambios que tuvieron lugar en nuestro país. Prácticamente, puede decirse que conoció no solo los hechos sino también los artífices que intervinieron en los actos culturales más prominentes del siglo XX que dieron lugar a la transformación del país.

Conservó Colino su lucidez mental hasta el fin de su vida. Sólo le afectó profundamente la muerte de Celia, su mujer, el pasado año, lo que hizo, pienso yo, perder algo de su interés por la vida y por la Academia de la Lengua, que constituyó su única ocupación desde que dejó la Academia de Ciencias. En ambas Academias ha dejado un vacío no demasiado fácil de llenar; sobre todo, para los que le considerábamos un amigo entrañable, además de un buen jefe y excelente compañero. Será una pérdida que habremos de sentir hasta el fin de nuestros días.

Antonio Colino tuvo una vida feliz, llena de éxitos. Creó una familia que le dio muchas satisfacciones. Sus hijos le acompañaron hasta el final con su cariño y sus nietos y biznieta le hicieron feliz al sentirse realizado en los que son su prolongación sobre la Tierra.

Ojalá este país tuviera muchos como él en todas las generaciones venideras. Antonio Colino podría sentirse satisfecho de su labor en esta vida y habrá podido rendir con buen resultado la cuenta de los talentos que Dios le dio.

¡Descanse en paz!